

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA

DIRECTOR - EDITOR:
JUAN DE GURUCEAGA

ELITE

OFICINA:
PRINCIPAL A SANTA CAPILLA,
NUM. 6

TELEFONOS: 6.200 Y 6.290

VALOR DEL EJEMPLAR, B. 1
EXTERIOR, BS. 60 ANUALES.
PAGO ANTICIPADO

AÑO VIII — NO. 387
CARACAS:
11 DE FEBRERO
DE 1933

OFICINAS DE "ELITE" EN NEW YORK:
JOSHUA B. POWERS
220 EAST 42ND STREET

AGENTES EXCLUSIVOS PARA TODA PUBLICIDAD FRANCESA O
DE ORIGEN FRANCÉS: "SOCIÉTÉ MUTUELLE DE PUBLICITÉ"
14, RUE ROUGE-MONT - PARIS

OFICINAS DE "ELITE" EN LONDRES:
JOSHUA B. POWERS
14 - COCKSPUR-STREET, S. W. - 1

Wagner, símbolo de fraternidad universal

Los homenajes que en todas las naciones cultas se preparan para conmemorar el Cincuentenario de la muerte de Ricardo Wagner tienen,—además de su valor como coeficiente de la civilización contemporánea—un significado profundo en los momentos de inquietud, zozobra y espectación por los que atraviesa, en esta difícil época de la Historia, la humanidad que cree en Cristo.

Porque Gobiernos y pueblos, de consuno, en impulso espontáneo de cooperación, olvidan sus resquemores y recelos en estas solemnidades enaltecidas de los artistas máximos, que gozan patente de universalidad, y con ello se dan a la tarea honrosa de glorificar las conquistas del espíritu humano en la región de la Belleza, las únicas perdurables a través de las centurias, conforme al apotegma de Leonardo. Y vemos que tanto en Berlín como en París, Londres y Roma, en Budapest, Madrid y Moscú y hasta en el remoto Tokio; en las capitales representativas del Nuevo Continente, Nueva York, Caracas, México, La Habana, Río de Janeiro, Buenos Aires y las demás, se aprestan las organizaciones culturales a festejar las efemérides de los genios, que son honor y prez de la inteligencia humana.

En el año próximo pasado se le tributaron ofrendas glorificantes a Goethe y Shakespeare, en éste será a Wagner y de ese modo se va haciendo revisión de los valores mentales con que cuentan los hombres en el patrimonio común de la especie, porque así como Bolívar no es ya espécimen ni de una nación ni aun de una raza, sino de la humanidad, según la declaratoria de la Sociedad de las Naciones, y conforme al consenso de los más grandes pensadores de diversos países, así Wagner y Shakespeare y Cervantes y Kant pertenecen por igual a todas las latitudes donde se mantenga vivo y puro el culto del Arte y del pensamiento.

Por otra parte, estos homenajes intelectuales demuestran una vez más que el Arte y la Ciencia son esencialmente democráticos. Que no es posible la existencia de logias, cenáculos, grupos ni núcleos aislados de diletantes, *amateurs* e ideólogos, en determinada rama de las Bellas Artes o de las Ciencias, yacentes en sus torres de marfil o en el estrecho recinto de sus sesiones. El artista como el científico tiene la primordial función en la sociedad de señalar rumbos, de orientar a las gentes y para ello es su deber el estar en contacto

y acaso en conflicto con la muchedumbre sobre la cual aspira a predominar con la virtud de su labor artística o científica. El artista y el sabio en Ciencias puede que sean, en sí mismos, aristócratas, lo son en principio, pero su acción va a fundirse con la masa, bien que su personalidad brille, en lo alto de su radio mental correspondiente, con la inalcanzable individualidad de las estrellas.

Wagner fué en su tiempo, mejor dicho, en el inicio de su carrera artística, un incomprendido. En su patria mismo recibió la oblación de la befa y del escarnio, se le consideró loco y no fueron tanto los disturbios políticos como las acerbas críticas de sus enemigos lo que lo obligó a desterrarse de Alemania y buscó refugio propiciatorio a sus ideales en París. Lutecia lo recibió con los privilegios y preeminencias de un electo, en principios con reserva, luego con curiosidad y, a la postre, con aclamación insólita, por lo cual le ungió con el ósculo de la gloria.

Wagner fué, en el sentido de la convicción de sus propias fuerzas, de la certidumbre del alcance de su personalidad, un profesor de energía. No le arredraron ni las burlas ni los contratiempos ni la incompreensión casi total de sus contemporáneos. Trabajó con tesón de apóstol, con fe de vidente, y, al cabo, vió florecer en medio de la turba la semilla de su doctrina artística.

No fué un iconoclasta, de esos que creen hacerse de renombre echando por tierra los ídolos de la multitud. Antes bien, mostró respeto por lo que en la tradición había de respetable. Y sobre los fundamentos de su vasta cultura clásica, con el impulso de su talento extraordinario, revolucionó la técnica de la ópera, introdujo mejoras en la concepción del teatro, fundó el drama musical moderno, creó una escuela, que va triunfando poco a poco en el decurso de las generaciones y conforme a las orientaciones de la educación pública en todos los Estados en donde se labora por el bienestar espiritual de la democracia. Porque hay que repetirlo, Arte es espíritu de democracia, abierto con amplitud a todas las almas sitibundas de ensueño y de belleza, no instrumento de egoísmo, asequible únicamente a los iniciados o sectarios que se imaginan ser los ingratos depositarios de la teoría o de la doctrina preconizada en

forma oculta, casi subrepticia, por adeptos sin alcance ni visión certera de su obra,—o de su misión sociológica,—en su medio y en su época. Por algo, el maestro Dario gritó a todo pulmón: “Yo no soy un poeta para muchedumbres, pero sé que necesariamente voy a ellas”.

Wagner, músico de la infinidad, poeta de lo enorme, no es artista para la muchedumbre. Su Arte, demasiado sabio, profundamente culto, en realidad científico, no puede llegar de un solo golpe, en una sola audición, de modo inmediato, hasta el fondo de la conciencia de las masas. Se ha menester tiempo, preparación larga, estudio asiduo, captación inteligente y fina para comprenderlo. Es cuestión de sistema educativo el implantamiento de su doctrina artística.

Todavía la escuela melódica dentro de la cual él nació, creció y observó sus deficiencias y sus convencionalismos, prevalece en el corazón y en la mente y sobre todo en el oído de las turbas. Raigambre larga y honda, que es indispensable que se apolille y se saque de cuajo su escoria, para que pueda dar lugar a la fructificación de la nueva simiente.

El vió claro la absoluta divergencia, la mediocridad inaguantable, la absurdidad existente entre la música de la ópera imperante en su edad y el verso que se le adaptaba a tal música. Lo cual le dió motivo a Voltaire para que dijera: “Lo demasiado necio para ser declamado, se canta”. Concepto virulento del patriarca de Ferney, pero que era fácilmente acoplado a la poesía yuxtapuesta a la música de aquellos días en que eran monarcas de la escena operática Bellini, Rossini y Donizetti.

Hizo prevalecer la armonía sobre la melodía en una tendencia democrática, que no tuvo antecedentes y que todavía tiene pocos sucesores. Y en el terreno de la conceptualización de la poesía respecto a la música, demarcó pautas insospechadas, que deben considerarse como las precursoras de la verdadera poesía de “vanguardia”. En efecto, en su célebre carta-prólogo (de sus dramas musicales) a Federico Villot le dice, entre otras argumentaciones las que siguen: “El poeta busca, en su lenguaje, sustituir el valor abstracto y convencional de las palabras, su significación sensible y original; la coordinación rítmica y el adorno (ya casi musical) de la rima, son medios de que se vale para dotar al verso, a la frase, de una potencia que cautiva como por un hechizo y gobierna a su voluntad el sentimiento. Esencial al poeta esa tendencia, lo conduce hasta el límite de su arte, límite que toca inmediatamente a la música; y, por consiguiente, la obra más completa del poeta debería ser la que, en último caso, fuese una verdadera música”.

También dijo: “El poeta, dotado del sentimiento del inagotable poder de expresión de la melodía sinfónica, se verá inducido a extender su dominio a aproximarse a los matices infinitamente profundos y delicados de esta melodía que, por medio de una sola modulación armónica, da a su expresión la más potente energía. La forma limitada en la melodía de ópera, que se le imponía antaño, no le reducirá ya a dar, por todo trabajo, un cañamazo seco y vacío; por el contrario, enseñará al músico un secreto que él mismo ignora, a saber: que la melodía es susceptible de un desenvolvimiento infinitamente más rico que ni la misma sinfonía ha podido hasta ahora permitirle concebir; y, llevado por este procedimiento, trazará el poeta el plano de sus creaciones con ilimitada libertad”. Y a la vez predijo la teoría de la “sugerencia”, esa palabreja de la cual abusan los sectarios de cierta escuela *demodée*, en la frase que sigue: “En realidad la grandeza del poeta se mide sobre todo por lo que se abstiene de decir, a fin de dejar que nosotros mismos digamos, en silencio, lo que es inexpresable; pero el músico es quien hace oír claramente lo que no está dicho, y la forma infalible de su silencio esplendente es la melodía infinita”.

Wagner como Goethe, como Shakespeare, como Dante, como Homero es de los aedas fundadores de mitologías, creadores de religiones de Belleza, de doctrinas estéticas, que son faros de civilizaciones, portestandartes de cultura, heraldos del devenir de las Artes. Su función, en el medio ambiente y en la edad histórica en la que actuaron es la de Maestros y Mahatmas cuya ideología tiene luz de brillo estelar, inextinguible en la sucesión de los siglos.

Por leyes de progreso mental de la humanidad, el ideario, los conceptos estéticos, las modalidades de sus normas musicales, pasarán al fin de moda, pero las entelequias invalorable de los mitos surgentes de sus obras, toda esa suerte de teogonía germánica con que irisó la potencialidad de su labor artística, pasarán a la posteridad revestidas de la aureola sorprendente, fastuosa y diuturna con que el Genio decora sus creaciones inmortales.

Y hé aquí cómo Ricardo Wagner, músico y poeta, representa para las generaciones presentes y futuras, por la mágica virtud del lenguaje universal de las almas, como llaman comunmente a la música, el símbolo de la fraternidad universal. Y es por ello por lo que el mundo entero siempre habrá de admirar la Alemania de Wagner, de Goethe y de Kant, la de los músicos, los poetas y los filósofos y no la otra militarista, imperialista y junkeriana, con todas sus virtudes innegables y su patriotismo ejemplar.

